

# "Cambio en los patrones de reproducción social de los hogares en un contexto de reformas institucionales y reestructuración económica. Un estudio del caso argentino a través del mercado metropolitano del Gran Buenos Aires"

## INTRODUCCIÓN

Hasta no hace mucho tiempo atrás las preocupaciones económicas argentinas no incluían los problemas distributivos y el país era, junto muy pocos países de América Latina, una excepción en materia de pobreza y distribución del ingreso. Treinta años después el panorama social de la Argentina es muy diferente.

Si bien la matriz socio-económica del país parece haber sido, durante buena parte del siglo XX, relativamente más "equitativa" y "progresista" que la de la mayoría de los países latinoamericanos, la dinámica histórica de las últimas décadas tendió a diluir tales diferencias. Largos períodos de estancamiento, graves problemas inflacionarios y fiscales, inestabilidad económica, aumento del desempleo, la pobreza y la desigualdad social, entre otras manifestaciones, describen un escenario nacional deteriorado. En medio de este proceso, la búsqueda de salidas a los problemas económicos a través de tradicionales políticas de ajuste y de reformas estructural, resultaron al menos poco eficaces para revertir dicha decadencia. Ello derivó -a fines de los años noventa y principio de los años dos mil- en elevadas tasas de desempleo e precariedad laboral, un empobrecimiento generalizado de gran parte de la población y en un incremento de los niveles de concentración de la riqueza.

Pero el proceso histórico no se detuvo aquí. Es también conocido que el país comenzó a transitar, después de la crisis 2001-2002 y con la aplicación de nuevas reglas macro económicas, un sorprendente ciclo de reactivación económica y social, con casi cuatro años de continuado crecimiento del PBI per capita, del empleo y del consumo. De esta manera, el país entró al siglo XXI situado en una dinámica de crisis, pero también de transformación en sus patrones generales de reproducción social. Ahora bien, si bien estas son algunas de las claves estructurales del proceso histórico reciente, no cabe confundir las consecuencias con las causas y los mecanismos que hicieron posible tales resultados.

Planteada el problema en estos términos, cabe preguntarse: ¿cuáles son las condiciones económicas y los funcionamientos sociales subyacentes que estructuraron el proceso de distribución del ingreso en la Argentina de las últimas décadas? ¿Cuáles fueron las clases y/o sectores más beneficiados por este proceso? ¿En qué medida no sólo se ha generado una mayor desigualdad social medida en términos de ingresos sino también una transformación de las reglas de funcionamiento de la estructura social? ¿En qué medida este cuadro de situación logró revertirse o modificarse a partir de los cambios económicos y políticos ocurridos con la salida de la convertibilidad y la crisis 2001-2002? Sin duda, una mejor explicación de los procesos sociales subyacentes ocurridos y que ocurren en la estructura económica habrá de ofrecernos una

comprensión más consistente con lo que ocurre en el actual contexto de reactivación productiva y de supuesto cambio progresivo en las reglas macro económicas y distributivas.

En este marco, el objetivo de este trabajo es describir y analizar la evolución de la distribución del ingreso en el Gran Buenos Aires durante 1992-2003 a partir de la información disponible en las bases de micro datos de la EPH/INDEC correspondientes. Dicho período tiene un interés especial debido a los grandes cambios en materia de política económica que acontecieron en él y a la variada gama de situaciones coyunturales por las que la economía argentina atravesó. Si bien no se busca realizar un análisis formal de las causas que motivaron las variaciones en la desigualdad, se consideran algunas variables y hechos económicos que tuvieron influencia determinante en dichas fluctuaciones. Para tal efecto, este trabajo evalúa el papel de los factores demográficos, socio-ocupacionales, económicos y de determinadas políticas públicas, para diferentes momentos del ciclo económico, sobre los cambios ocurridos en la evolución de la desigualdad en la distribución del ingreso al interior de la estructura social. El mercado de trabajo, las medidas distributivas del estado y a las estrategias de los grupos domésticos son definidos como mecanismos que median e intervienen sobre estos procesos.

Los cambios que han experimentado el ritmo de crecimiento económico y las políticas de bienestar -en términos de distribución del ingreso, disposición de bienes y servicios de la seguridad social y oportunidades de empleo- durante los años de crisis y reformas estructurales, así como los cambios en los esfuerzos económicos y laborales desplegados por los hogares y las empresas para sostener o modificar su posición económica, y el nivel de éxito o fracaso alcanzado por tales iniciativas, constituyen aspectos sustantivos que remiten al funcionamiento general del sistema económico y social de un país. A partir de este esquema de interacciones complejas -entre disponibilidad y acceso a medios de bienestar, puestos de trabajo y recursos de subsistencia- creemos podemos precisar de manera consistente algunas de lo comportamientos funcionales que estructuraron los procesos de transformación social ocurridos durante el período 1992-2003 en la Argentina.

Alrededor del problema se realizan una serie de pruebas y análisis estadísticos con el objetivo de dar a los resultados muestrales mayor precisión y un alcance poblacional. Este esfuerzo difiere de otros realizados para el caso argentino, fundamentalmente, en tres elementos: a) se evalúa la desigualdad del ingreso considerando diferentes métodos de estimación en función de validar los resultados; b) se analizan de manera controlada los factores que mueven la desigualdad (demográficos, remunerativos y de empleo de fuerza de trabajo por parte de los hogares); c) se aplican ejercicios de descomposición por fuente de ingresos y de los cambios registrados en el coeficiente de Gini -a partir de su desglose por fuentes laborales y no laborales, categorías ocupacionales y tipo de transferencia-, con el objetivo de identificar los subyacentes que intervinieron en los cambios producidos durante el período; y d) los datos provenientes de las encuestas de hogares son tratados de forma de minimizar el impacto que distintos tipos de errores de medición podrían tener sobre los resultados.

Estos ejercicios tienen como objetivo asociar los cambios ocurridos al interior de la estructura social del Gran Buenos Aires durante el período 1992-2003 como efecto complejo de factores socio-económicos, estrategias domésticas y políticas públicas subyacentes. Tal como se hizo mención, se utiliza para tal efecto información de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del INDEC correspondientes a las ondas de mayo de 1992, 1994, 1998, 2001 y 2003. La utilización de esta información requirió la corrección de sesgos de información (estimación de no respuestas de ingreso según fuente), la construcción de unidades de análisis agregadas (deciles de ingresos de personas según ingreso por equivalente adulto de los hogares) y la aplicación de diferentes técnicas de regresión, descomposición y simulación de los ingresos reales según diferentes criterios. A través de este procedimiento se ofrece un examen más detallado del papel de los factores macro-institucionales (remuneraciones, demanda de empleo y políticas asistenciales) y micro sociales (capacidad de los hogares para ajustar o mejorar sus balances reproductivos) en función de entender los cambios ocurridos en el nivel de bienestar y la desigualdad social durante el período de estudio.

Este trabajo es una continuidad a las investigaciones que viene realizando el Programa Cambio Estructural y Desigualdad Social con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Los resultados hasta ahora logrados dan cuenta de la conformación en los mercados de trabajo urbanos de la Argentina de una configuración social segmentada en términos de estratificación y movilidad socio-ocupacional, que tiende a cristalizarse dando forma a un sector formal relativamente homogéneo y una estructura social del trabajo altamente marginal o precaria, a la vez que heterogénea, dinámica y cada vez más empobrecida.

Existen una vasta literatura económica que ha abordado la relación entre el comportamiento del mercado de trabajo y el aumento de la desigualdad en la distribución del ingreso en la Argentina. Sin embargo, resulta a nuestro juicio necesario profundizar tales diagnósticos poniendo como clave los factores económicos y sociales determinantes de ese proceso.

Por supuesto, esta forma de plantear el problema introduce un necesario enfoque histórico al análisis de las condiciones de reproducción económica y social dominantes; a la vez que implica una particular mirada sociológica en función del necesario balance general que debe hacerse del proceso de transformación que ha venido experimentado el país. El objetivo general del estudio es poder generar una objetivación inequívoca -aunque por definición resulte parcial - de algunos de los procesos y factores que dominan la generación y reproducción de una estructura social cada vez más desigual,

polarizada y fragmentada. En tal sentido, constituye un resultado esperado de esta investigación demostrar la emergencia -al menos en el caso argentino- de una nueva estructura social en el marco del proceso de "marginalización económica" experimentado por amplios sectores que antaño había alcanzado niveles de bienestar relativamente homogéneos y con amplias oportunidades de movilidad vertical ascendente. En tal sentido, es de esperar que sea posible dar una respuesta al interrogante de quiénes son, cómo se vinculan con el resto del sistema social y qué papel desempeñan los nuevos emergentes de la marginalidad económica.

Sin duda, es esta una argumentación que constituye todavía un cuadro parcial e incompleto de una tesis que merece mayor desarrollo y una puesta a prueba de evidencias. En tal sentido, habremos de intentar avanzar en esta investigación.

Querámoslo o no, nuestras sociedades experimentan procesos globales que escapan a nuestro control, fuerzas poderosas que no sólo arrastran a la Argentina sino a todos los sistemas nacionales a un enorme torbellino económico y social. A ello, cabe sumar el particular ahínco y desesperación puesto por la mayor parte de los grupos dominantes de los países subdesarrollados en cuanto a procurar una activa y conveniente participación en dicho proceso. Ahora bien, tales esfuerzos de adaptación no han redundado en el bien público buscado; por lo menos, no en términos de mayor crecimiento y bienestar general, ni tampoco en términos de la integración social. Muy por el contrario, muchos de estos esfuerzos han fracasado, tanto en lograr sus objetivos de crecimiento como de mayor equidad en la distribución de los costos y de los beneficios asociados a la nueva ola modernizadora; y sobran evidencias en cuanto al fracaso de las democracias para legitimarse como el régimen más idóneo para acceder a la ciudadanía económica y social.

La protestas popular / de los pobres y los trabajadores / clases medias... y las estrategias de los hogares...

En igual sentido, los procesos de concentración económica, de empobrecimiento y marginalidad y de crisis sistémicas resultan suficientemente persistentes como para sospechar que detrás de los intentos fallidos de modernización de las sociedades subdesarrolladas no subyace el azar ni la mera incapacidad sino un orden de "des-ordenadores" decisivos. En este marco, esta investigación intenta contribuir -a través del estudio del caso argentino- a los esfuerzos que desde muy diversas perspectivas se están haciendo por entender la naturaleza y dirección de las relaciones sociales que emergen en un sistema mundial globalizado, al menos en términos financieros, dominado por los intereses de los capitales oligopólicos y la lógica de las alianzas regionales.

Si bien la crisis del empleo tuvo en este marco una particular gravedad, su explicación -tal como destacan la mayoría de los estudios- no se reduce a las reformas estructurales ocurridas durante el último decenio.<sup>1</sup> Durante más tres décadas, la crisis del modelo de acumulación social orientado al mercado interno y apoyado en los grupos industriales, junto a un desplazamiento del poder económico hacia grupos financieros (Nun, 1987, Neffa, 1998), dieron como resultado un escenario laboral cada vez más precarizado, en donde el crecimiento de la tasa de desempleo abierto se constituyó en una manifestación a penas parcial del problema. En este contexto, durante el programa de reformas de los años noventa, el deterioro del mercado de trabajo argentino alcanzó una mayor virulencia, afectando en forma más cualitativa a la estructura social. En términos de balance se hizo evidente que el deterioro sociolaboral constituyó un rasgo característico tanto de las fases de crecimiento (1991-1994 y 1996-1998) como de crisis (1995-1996 y 1999-2001) a lo largo de la década (Altimir y Beccaria, 1999a y 1999b; Beccaria, 2002; Lindenboim, 2001; Salvia, 2002; Donza, Salvia, et al, 2004; Beccaria y Maurizio, 2005; Gasparini, 2005).

Durante este período el débil crecimiento que experimentó el empleo se explica fundamentalmente por una conjunción de definiciones macroeconómicas y político-institucionales que gravitaron negativamente sobre la generación de puestos de trabajo. En primer lugar cabe destacar las derivaciones generadas por la desregulación financiera, la apertura comercial y la apreciación del tipo de cambio. Todo ello con efecto directo sobre los costos del capital y del trabajo, con alta gravitación en la demanda agregada de empleo en el sector formal e informal de la economía (Frenkel y González Rozada, 1999; Damill, Frenkel y Mauricio, 2002; Beccaria, 2002; Salvia y Rubio; 2003.) En segundo lugar, la volatilidad macroeconómica del capitalismo argentino se convirtió en un elemento determinante del aumento de la pobreza y la desigualdad. Los ciclos económicos de expansión y contracción de la actividad y la inversión, cada vez más breves, provocaron un efecto destructivo y acumulativo sobre los activos de los sectores medios y más vulnerables de la sociedad, particularmente sobre aquellos relacionados con los bienes y las condiciones de vida que tradicionalmente había alcanzado nuestro país, pero también con el acceso a medios de financiamiento económico y social. Tales procesos dejaron a los sectores con menores recursos en una situación de creciente marginación económica, social y laboral. <sup>2</sup>

Ahora bien, la situación económica y ocupacional del país parece haber cambiando en los últimos años. El período de crecimiento ocurrido tras la salida de la crisis 2001-2002, estuvo acompañado por una expansión en la

---

<sup>1</sup> Con este diagnóstico coinciden programas de investigación que siguen incluso paradigmas divergentes. Al respecto, cabe mencionar los trabajos realizados por FIEL (2001), PNUD-Argentina (PNUD, 2002), Salvia y Rubio (2003); Neffa, Battistini, Pánigo y Pérez, 2000; Monza, 2002; Altimir y Beccaria, 1999a; Gasparini, 2005; entre otros.

<sup>2</sup> A pesar de esto, es importante no perder de vista que el desempleo y la precariedad laboral constituyen problemas cuyas causas no son sólo imputables a condiciones particulares de la Argentina, sino que también corresponde tomar en cuenta factores y cambios que han operado a nivel internacional bajo un capitalismo monopólico cada vez más concentrado y una serie de reformas tecnológicas de proyección mundial (Mingione, 1989; Fitoussi y Rosanvallon, 1998; Nun, 2000).

demanda de empleo, una recuperación del consumo y una caída en los niveles de pobreza e indigencia, medidas en términos de ingresos. Los datos agregados sobre la caída del desempleo y la recuperación de las remuneraciones laborales resultan altamente positivos. En este sentido, las actuales condiciones macroeconómicas y político-institucionales generadas con la salida del régimen de convertibilidad y la ulterior reactivación económica (2002-2006), constituyen un escenario relevante para examinar la capacidad del capitalismo argentino de absorber, bajo un mercado de trabajo formal y socialmente integrado a un extenso reservorio de sectores excedentes y marginados de la fuerza de trabajo. Es en este "nuevo" marco económico y político que resulta relevante preguntarse: ¿En qué medida los cambios macroeconómicos y el aumento de la demanda de empleo están produciendo alteraciones "modernizadoras" y efectos "integradores" sobre la composición sectorial del empleo, así como sobre las formas que asumen las relaciones sociales de producción en las que participa la fuerza de trabajo? O, por el contrario, ¿en qué medida se mantiene vigente una organización económico-sectorial desigual, con un polo informal marginal y con mercados de trabajo segmentados en cuanto a sus rasgos estructurales y modos de funcionamiento?

## PLAN DE LA OBRA

La presente tesis está dividida en seis capítulos, una lista de la bibliografía consultada y un apéndice.

En el primer capítulo se examinan un conjunto de argumentos derivados de las teorías...

En la bibliografía consultada aparecen todos y cada uno de los materiales que fueron revisados para la escritura de esta tesis. Vista con independencia del presente texto, es un material que puede ser de gran utilidad para adentrarse en los detalles, sutilezas y matices de algunos argumentos que sólo aparecen esbozados en el texto.

El apéndice contiene una descripción de las fuentes estadísticas que existen acerca del tema en nuestro país. Aquí se examinan las características, el alcance y algunas de las limitaciones de los datos disponibles.

En la elaboración final de este texto colaboraron muchas personas con sus comentarios, sugerencias, dudas, críticas y apoyo técnico. En particular quiero agradecer a:

## EL PROBLEMA DE FONDO

La mayoría de los países de América Latina ha transitado por los senderos de la reforma económica, unos en los años '80, otros en los años '90. En los años que sucedieron a la aplicación del conjunto de medidas englobadas bajo el

rótulo de reforma económica, se advirtieron en muchos de los países de la región aumentos en la desigualdad en la distribución del ingreso. La concomitancia entre ambos fenómenos llevó a que se levantaran voces que denunciaban que el nuevo modelo, surgido a partir de los cambios estructurales, es en sí excluyente. Esta posición, que ha ganado muchos adeptos, plantea que la libre operación de los mercados polariza la distribución de los frutos de la actividad económica (Altimir, 1994: p.30; Vuskovic, 1993: pp. 98-106), mientras que otros sostienen que el aumento observado en la desigualdad económica es de corto plazo, y en el largo plazo volverá a disminuir (Przeworski, 1991: pp. 162-187; Bresser, 1993: pp. 59-62; Maravall, 1993: p. 105).

En este contexto, la decadencia que durante más de treinta años caracteriza al capitalismo argentino ofrece un conjunto de incógnitas y de interrogantes relevantes para el estudio de la problemática en un nivel general. ¿Cómo es posible que una sociedad como la argentina... ¿Cuál es la naturaleza y sentido de los cambios...? ¿Qué alteraciones se produjeron en la estructura social en términos de composición y comportamiento de los grupos sociales y en términos de efectos sobre la distribución de oportunidades de educación, trabajo, ingresos y movilidad social? En este orden, ¿cómo caracterizar al conjunto heterogéneo de las nuevas formas de marginalidad que se han instalado en el escenario social de la Argentina del nuevo siglo?

Es en este marco donde resulta relevante dilucidar la relación entre las reformas económicas y sus efectos sobre el bienestar y la desigualdad social. A primera vista, el caso de Argentina parecería dar la razón a los primeros de los argumentos señalados arriba. Sin embargo, a fin de alcanzar mayor claridad, hay que estudiar el problema con algún detenimiento. La experiencia histórica de las últimas décadas ha mostrado que no se trata de una relación naturalmente "virtuosa", sino que sus consecuencias deben ser examinadas a partir del conjunto de políticas y acciones que intervienen en el proceso de producción y reproducción social. Interesa entonces indagar cómo, por ejemplo, las medidas macroeconómicas y las políticas de privatización, apertura de la economía, flexibilización laboral, etc., han afectado diferencialmente a los sectores sociales -si es que lo han hecho- en cuanto al acceso a recursos de movilidad social y por ende a la desigualdad en la distribución del ingreso y de recursos de bienestar; y cuánto esto ha ido modificando la estructura social.

La vinculación en la Argentina entre el agotamiento o fracaso de diferentes modelos económicos, las reformas estructurales ocurridas a fines del siglo XX y los efectos regresivos en las oportunidades de inserción y movilidad social de los hogares y la fuerza de trabajo, conforman una observación generalizada entre los especialistas académicos, tanto a nivel nacional como internacional (...). Avala esta línea del diagnóstico una relativamente extensa estadística económica y social que describe el alcance del problema en términos de ciclos de crecimiento y crisis, pobreza, ingresos familiares, desempleo, precariedad laboral y mayor desigualdad en la distribución del ingreso (...). Sin embargo, cabe advertir que por mucho que el problema pueda describirse a través de sus consecuencias, no por ello se da explicación sobre los mecanismos económicos y sociales que hicieron posible este proceso

ni sobre sus modos de articulación. Así como tampoco, tal descripción puede por sí sola dar cuenta del impacto que tales fenómenos han generado en la composición interna y el funcionamiento de la estructura social.

Por lo general, se acepta como premisa teórica que los procesos movilizadores de la distribución del ingreso son el resultado de dos tipos de causas: a) unas de orden macro social, relacionadas con el régimen o modelo macroeconómico de producción y distribución de bienestar, así como también con las medidas de política económica y social que lo regulan su funcionamiento; y b) otras de orden micro social, consistente en las estrategias que despliegan las empresas, los hogares y los actores sociales en función de ganar o, al menos, no perder beneficios, posiciones ni poder, en el marco de las condiciones dadas y de la dinámica que experimenta la estructura social de la cual forman parte.

Es razonable suponer que los efectos macroeconómicos depresivos o progresivos sobre los ingresos no son afrontados en forma pasiva por los hogares, las empresas y los actores sociales, y que las prácticas que se observan tienen base en la posición que tales agentes colectivos ocupan en la estructura social. En el proceso de reproducción que parte de la contracción o expansión de los recursos distributivos, los agentes reaccionan de manera activa frente a tales circunstancias. Tales agentes pueden reaccionar -y de hecho se ha demostrado que lo hacen en el corto plazo- mediante diversas estrategias. Los hogares, por ejemplo, pueden hacerlo cambiando o ampliando las fuentes de ingreso, enviando o retirando preceptores laborales, accediendo a ingresos por transferencias (públicas o privadas), cambiando de tipo de empleo (empleos primarios o secundarios), modificando su inserción en el mercado de trabajo (sectores formales o informales), o bien modificando la composición de los miembros activos del hogar; alterando el presupuesto doméstico y el orden de prioridades por distintas vías, o, incluso, alterando la estructura del hogar (fusión o separación de hogares), mudándose de vivienda o migrando a otra región o país de residencia. Sin ninguna duda, todas estas decisiones para el corto plazo afectan los procesos de reproducción social en el mediano plazo, tanto para los agentes involucrados como a nivel de la estructura social. (Boado et al, 2005)

Si esta premisa se toma como válida, los efectos de los ciclos económicos y de las reformas económicas sobre la distribución del ingreso, y en particular sobre la desigualdad social, si bien deberían observarse en el corto plazo, no tendrían por qué tener impacto directo, unívoco ni inequívocamente asociados a los objetivos explícitos o implícitos que inspiran las estrategias macroeconómicas. Las medidas adoptadas pueden no ser suficientes o adecuadas, las condiciones internacionales pueden cambiar por factores no controlados e inesperados, y, en este marco, las empresas, los hogares y los actores pueden escapar a las regulaciones y controles o responder en un sentido innovador y contrario al buscado. En cualquier caso, los resultados generados sobre la distribución del ingreso y la desigualdad social parecen mediados por factores de índole social, no necesariamente vinculados a los comportamientos macro económicos ni a las medidas de política que sigue desde las instituciones del Estado, sean de orden nacional o internacional.



En este marco, cómo responder a la pregunta: ¿existió o no una correlación comprobada entre ciclos económicos, políticas de ajuste y reformas estructurales y desigualdad en la distribución del ingreso? Tal como señala **F. Cortés (...)**, a pesar de la simplicidad de la pregunta que inquiriere sobre la concomitancia entre fenómenos, no se dispone de una respuesta convincente. Por lo mismo, si no contamos con una respuesta certera a esta pregunta, resulta desmedida la pretensión de querer esclarecer los vínculos causales entre tipo de modelo económico y desigualdad en la distribución del ingreso, a partir de evaluar los cambios operados en la estructura social.

La distancia entre la complejidad del problema que implica tratar de establecer tales vínculos causales nos lleva a limitar las pretensiones de la presente investigación. Sólo nos limitaremos al estudio del caso argentino, poniendo en paralelo algunos los resultados generados por el comportamiento macro económico que incidieron sobre los ingresos de los hogares, con las estrategias que ponen en juego los grupos domésticos para proteger o mejorar sus niveles de bienestar en cada contexto particular, los efectos sobre la movilidad social, la estructura social y la desigualdad social.

A nivel de este estudio de caso, creemos reconocer que las crisis y las reformas económicas, junto al comportamiento diferencial desplegado por las empresas, los hogares y los actores sociales, han ido alterado en las últimas décadas las formas de reproducción de la estructura social, ampliando las desigualdades en simultáneo a un proceso de creciente segmentación del mercado de trabajo y de las fuentes de ingreso como resultado de variadas causas. Este proceso habría operado a partir de un nuevo sistema de relaciones entre las formas establecidas de acceder a ingresos y la emergencia de una nueva estructura de oportunidades para los agentes ubicados en distintas posiciones sociales, es decir, a la luz de nuevos patrones de desigualdad que operan a través de una mayor segmentación de los procesos producción, circulación, distribución y consumo de bienes y servicios entre las distintas clases sociales.

Por variados motivos es razonable pensar que las nuevas condiciones de la pugna distributiva determinadas por las crisis y las reformas estructurales golpearon principalmente a los sectores menos protegidos del mercado laboral: empleados y obreros no calificados o semicalificados del sector privado formal y asalariados y cuenta propias del sector informal urbano. En tal sentido, es relevante preguntarse qué parte de los cambios en la desigualdad se explica por las variaciones endógenas de las inserciones ocupacionales a las que pudieron acceder los miembros activos de los hogares de distintas clases sociales. ■ Sirvan este tipo de interrogante como presentación a una pregunta que orienta buena parte del trabajo empírico de esta investigación. ¿Quiénes ganaron y quiénes perdieron como resultado de las políticas de cambio estructural y las estrategias económicas de las empresas, los hogares y demás agentes sociales? Y si bien no tiene porqué estar en la respuesta la explicación del cambio social ocurrido, al menos podremos describir con mayor precisión el sentido de dichos cambios y los modos en que -transitoria o más estructuralmente, según sea el caso- han quedado modificadas la estructura de clase y de oportunidades sociales asociadas a dicha estructura.

En términos de hipótesis, cabe esperar que esta nueva matriz social -más polarizada y a la vez fragmentada- se haya reproducido reeditando y profundizando un patrón de crecimiento dual y combinado, el cual estaría integrando a una parte de los sectores productivos, de la fuerza de trabajo y de las instituciones sociales a las dinámicas de "nueva modernización" asociadas a la globalización. Al mismo tiempo que otro segmento social se estarían alejando cada vez más de esta posibilidad, confundiéndose con las viejas formas de la pobreza y de segregación socio- económica que afectan a amplios sectores de población urbana y rural en América Latina y en el mundo subdesarrollo, e, incluso, a determinados grupos étnicos y migratorios residentes en los países más desarrollados.<sup>3</sup>

Este estudio parte entonces de las siguientes premisas: 1) uno de los efectos de los ciclos de crisis y de las reformas estructurales ha sido el cambio de los patrones de inserción, reproducción y aplicación de la fuerza de trabajo (lo cual implica nuevos modelos y niveles de explotación y de acumulación, nueva orientación de las actividades productivas, cambios en las estrategias familiares y una nueva matriz económica); 2) el mercado de trabajo es un agente crucial en la producción de la estructura social ya que reúne la fuerza de trabajo con los puestos...?(Lapatí) **EL PAPEL DE LOS HOGARES Y LOS ACTORES.**

### **Un Debate Abierto a la Investigación**

De acuerdo con esto, podría ser al menos exagerado imputar a las políticas de reformas introducidas durante la década de los noventa como la causa del extraordinario escenario de inequidad, segmentación, pobreza y descomposición que exhibe actualmente la estructura social argentina. Sin embargo, el problema no es simple, ya que hay al menos cinco órdenes de dificultades que hacen al fenómeno particularmente complejo:

(a) De acuerdo con la evidencia empírica internacional, las medidas de política de reforma no necesariamente se aplicaron en la misma secuencia ni con la misma intensidad. Aunque los gobiernos estén plenamente convencidos de las bondades del cambio estructural, no tienen plena autonomía para decidir la intensidad con que ponen en marcha las reformas. La implantación de las políticas de reforma afecta diferencialmente los intereses de diversos

---

<sup>3</sup> Esta lectura del problema se apoya en Mignone (1993), el cual sostiene que las sociedades contemporáneas se diversifican cada vez más, pero que las microtipologías emergentes tienden a concentrarse en torno a dos polos fundamentales, o macrotipologías, que difieren mucho con relación a las condiciones de existencia, las posibilidades de vida y la cantidad y calidad de los recursos sociales disponibles. De esta manera, el nuevo orden social no sólo sería más desigual en cuanto acceso a recursos materiales y simbólicos, sino también lograría un alto grado de integración gracias a los efectos socio-políticos generados por la propia polarización fragmentada del sistema social. Una mirada similar, referida a la realidad social argentina, es posible encontrarla en J. Villarreal (1997), el cual establece una nueva lógica social basada en distinciones verticales más que horizontales que se rige por una dialéctica de los distintos más que por una dialéctica de los contrarios.

grupos sociales: algunos estarán en contra de tal o cual acción específica, mientras que otros las impulsan. El punto central que se quiere destacar es que las consecuencias sobre la desigualdad en la fase de transición dependen no sólo de la voluntad política del bloque en el poder, o de que se haya o no firmado compromisos con organismos financieros internacionales, sino también de los intereses económicos y del poder de presión y negociación de los actores sociales locales. En el caso argentino, este factor no dejado de tener una influencia importante en el carácter "inconcluso" que parecen haber tenido las reformas en dimensiones estratégicas a la reproducción social y a la distribución del ingreso (ver Gerchunoff y Torre, Marshall y Cortés).

(b) El estudio del impacto de las reformas sobre la distribución de los recursos de bienestar y el ingreso se complica aún más porque las medidas pueden tener efectos de diferente sentido en el corto, mediano y largo plazo. Tómese como ejemplo el ajuste fiscal. El recorte de personal de gobierno y la disminución del gasto corriente afectan directamente a los trabajadores del sector público e indirectamente a los del sector privado. En el caso de la Argentina, la mayor parte de ellos viven en hogares pertenecientes a los deciles intermedios y superiores de la estratificación. Estos movimientos presionan hacia la disminución de la desigualdad en el corto plazo. Mientras que, al mismo tiempo, la política de ingresos podría acrecentar el precio de los servicios públicos que tendrían un costo relativamente menor en la cúpula de la estratificación social, lo que tendería a una distribución del ingreso más desigual. Podríamos seguir con el ejemplo, pero no lo consideramos necesario, pues nuestra intención es sólo mostrar que el problema requiere de un tratamiento integral (Bourguignon; De Melo y Suwa, 1991: p. 1527, citado por Cortés, 2003: pp.32-34).<sup>4</sup>

(3) Sabemos que las encuestas de hogares sobre empleo e ingresos, por diversas razones difícilmente registran los ingresos de los sectores más adinerados, es decir, que la distribución del ingreso está truncada en los valores superiores. El porcentaje de subestimación del ingreso aumenta en la medida en que mayor es la desigualdad. Por lo tanto, si el cambio estructural provocara mayor desigualdad podría ocurrir que el grado de subestimación aumentase en forma tal que la medición podría llegar hasta el extremo de registrar una disminución de la iniquidad. En otros términos, si durante la fase de cambio de modelo los sectores con más ingresos aumentarían aceleradamente su participación en el mismo, la desigualdad crecería con

---

<sup>4</sup> Los modelos computables de equilibrio general son una de las estrategias seguidas para abordar en su complejidad el estudio de los efectos de las políticas de estabilización y ajuste y de cambio estructural sobre la distribución del ingreso y de la pobreza. Los estudios realizados desde esta óptica por Bourguignon et al han concluido que la respuesta sólo se puede delinear haciendo análisis cuidadosos en los países que han puesto en práctica programas de cambio estructural. Esta línea de trabajo también tiene su expresión en América Latina. La investigación impulsada por la CEPAL, empleando modelos computables de equilibrio general, muestra que si las economías se someten a medidas que modifican los saldos de las cuentas del gobierno y del sector externo, éstos no provocan los mismos resultados sobre la desigualdad en todos los países (Chisari y Romero, 1996; ... otros ver). La conclusión que se deriva de los modelos computables de equilibrio general es que no ha sido posible establecer una teoría de validez universal acerca de la relación entre reforma económica y distribución del ingreso (Cortés, et al pp...).

fuerza haciéndose visible para todos los miembros de la sociedad. Sin embargo, si al mismo tiempo esto estuviese acompañado de una merma en la importancia relativa de este sector dentro del total de hogares o aumentara su rechazo a responder a la encuesta, los datos recopilados no registrarían este proceso y la medición acusaría el efecto del truncamiento. Tendríamos así un índice de Gini que no crecería a la par de la desigualdad. En el límite se podría configurar una situación en la que a lo largo de los años de la reforma el ingreso sí se polarizó, pero la medición marcó una desigualdad constante o aun decreciente.

(4) Los efectos de las políticas puestas en práctica dependen de la estructura de la sociedad, del momento económico anterior a la aplicación de las medidas de reforma, de la importancia que tienen las fuentes de los ingresos en la conformación de la desigualdad, y de las mezclas con que éstas concurren a la formación del ingreso de los hogares. Habrá sociedades con fuerte presencia agraria, donde el trabajo autónomo o por cuenta propia esté generalizado. Mientras que otras pueden tener una fuerte base industrial, de antigua data -como en el caso argentino-, con una clase obrera organizada a través de varias generaciones de asalariados. Es claro que en ambos tipos de países la importancia de las medidas de reforma económica tendrá consecuencias sociales distintas. En países con estructuras económicas y sociales tan diferentes como éstos, las políticas que operan sobre el mercado de trabajo tendrán consecuencias disímiles sobre el ingreso de los hogares. A la vez que los recursos de la pobreza, es decir, el empleo de la fuerza de trabajo potencial, no sólo dependerá de los procesos demográficos, sino también de la posibilidad de financiar actividades en el sector informal, reciprocarse la ayuda mutua o aglomerar hogares. Los hogares de un mismo país enfrentados a las mismas acciones estatales pueden responder de manera diferente, condicionados por el hecho de disponer o no de los medios para poner en acción estrategias de supervivencia.

(5) También los países suelen diferir en la importancia de las fuentes de ingreso que nutren los presupuestos familiares. En algunos tendrán más importancia los salarios, mientras que en otros la tendrán los ingresos por la explotación de los negocios propios. Hay sociedades en las que el presupuesto de los hogares se conforma por ingresos provenientes de orígenes diversos. Sueldos y salarios obtenidos por la venta de fuerza de trabajo, ganancias generadas por la venta de bienes y servicios producidos vendidos en pequeños establecimientos o en forma ambulante, transferencias cuyo origen puede estar en el cobro de una jubilación o bien en las remesas que envía regularmente uno de sus miembros que emigró al extranjero, y una pequeña renta por el arrendamiento de un cuarto de la vivienda. En contraposición, hay otras sociedades que tienden a presentar una especialización por orígenes de los ingresos. En ellas prevalecerán los hogares de asalariados, de comerciantes, etc. Un conjunto de medidas de reforma, en tanto favorecen o perjudican a los perceptores de ingresos por uno u otro concepto, ayudará o lastimará los ingresos de los hogares especializados en una sola fuente, mientras que aquellos que combinan experimentarán un efecto neto incierto, pues ganarán por unos conceptos y perderán por otros. Podría esperarse que

en el país del primer tipo la desigualdad sufra variaciones más pronunciadas que en el segundo.

Las investigaciones empíricas ponen en duda la relación entre reforma económica y desigualdad en la distribución del ingreso. Este proyecto de investigación constituye un caso más que procura reforzar esta duda. En tal sentido, hemos destacado cinco tipos de razones que ayudan a entender por qué esto es así. Las medidas concretas no pueden aplicarse en todos los países en la misma secuencia ni con idéntica intensidad. La puesta en práctica tiene que vencer los escollos de los grupos de interés constituidos durante la época de operación del modelo anterior. Pero, aun cuando se pudiesen aplicar las mismas medidas con idéntico ritmo e intensidad, los efectos sobre la distribución del ingreso de los hogares serán diferentes dependiendo de los recursos, las necesidades y las posibilidades que tengan los hogares para responder a las condiciones del medio.

Por último, la enseñanza es clara: antes de hacer generalizaciones "teóricas" cabe establecer los límites de validez de los datos. Si la información refleja sólo la distribución de los recursos de bienestar entre algunos sectores sociales, el análisis debe limitarse a ellos, y no pretender dar cuenta de lo que ha ocurrido con la distribución del ingreso y las oportunidades de movilidad entre todas las clases que componen la sociedad.

## 2. CRECIMIENTO Y DESIGUALDAD SOCIAL

(ampliar, ver Cortés, Boltvinick, BM)

Algunos modelos teóricos proponen una relación directa entre crecimiento económico y equidad social<sup>5</sup>. Esta relación dependería básicamente del tipo de factores que generan el crecimiento (apertura económica, cambio tecnológico, acumulación de capital humano, sistema de precios, utilización intensiva de fuerza de trabajo, etc.). Desde una perspectiva opuesta se sostiene la existencia de una relación directa entre crecimiento y desigualdad social como efecto del modelo predominante de acumulación y de concentración de ingresos. En ambos casos, la evidencia empírica no es completa ni brinda evidencias contundentes, y en cualquier caso es de esperar que los niveles de igualdad o desigualdad puedan ser sólo explicados por el crecimiento económico.

Por otra parte, se afirma la existencia de una causalidad inversa: la desigualdad afecta al crecimiento en la medida que convive un contexto social conflictivo, de fuertes demandas políticas, que generan una situación insostenible por parte del Estado. Tales presiones deben ser financiadas vía

---

<sup>5</sup> Este supuesto de relación entre ambas dimensiones asume una forma más clara en los estudios empíricos. Por ejemplo, Kuznets (1955) encontró a través de un estudio de distintos países una relación tipo U invertida entre desigualdad y nivel económico, concluyendo que a medida que se comienza a crecer y lograr niveles económicos más altos la desigualdad aumenta hasta llegar a un cierto nivel económico, a partir del cual el proceso económico genera una menor desigualdad.

mayores impuestos y más progresivos afectando las ganancias netas y bajando los incentivos a la inversión. Todo lo cual genera una caída en la acumulación de capital y la generación de empleo. Por el contrario, una distribución progresiva del ingreso contribuye -por vía de la actividad económica- al fortalecimiento de los mercados, del consumo y del sistema político democrático, aspectos fundamentales del proceso de modernización y de las legítimas aspiraciones de una sociedad. A la vez que elevados niveles de inequidad en el sistema de oportunidades y en la estructura distributiva profundiza los desajustes institucionales, obliga a utilizar en forma ineficiente los recursos escasos de una sociedad, segmenta los mercados y genera formas poco equilibradas -y potencialmente conflictivas- de absorber los costos de las crisis y de repartir los beneficios del progreso económico de un país.

Ahora bien, uno de los principales problemas que enfrentan los estudios sobre desigualdad social reside en encontrar una métrica que combine las distintas dimensiones que conforman la vida social y la condición humana. La teoría económica está basada en la concepción de que el bienestar se puede representar por la suma de las utilidades de los individuos: sea por el ingreso o el consumo, los cuales constituyen patrones a través de los cuales es posible medir el bienestar o las condiciones de vida alternativamente. En esta tradición, el ingreso es una dimensión o una forma de sintetizar las distintas dimensiones. El supuesto básico es que los consumidores optimizan el uso de los recursos disponibles entre sus distintas necesidades, midiendo esos recursos en ingresos destinados al consumo o al ahorro.

En términos operacionales, utilizar la métrica del ingreso como medida parcial de bienestar constituye una ventaja instrumental frente a la alternativa de considerar la multidimensionalidad de las condiciones de vida vinculadas a la satisfacción de necesidades (ejemplo: NBI).<sup>6</sup> Por otra parte, el ingreso sólo constituye una medida adecuada de bienestar en tanto resulte posible suponer una razonable optimización del mismo por parte de los consumidores. Cuando esto no se da, tal principio impone un sesgo importante a las estimaciones de bienestar y desigualdad.

La teoría económica ha usado este enfoque como paradigma predominante para medir los intercambios y la distribución de bienes y servicios. Sin embargo, cabe señalar que no es el único enfoque posible. Por ejemplo, A. Sen (1992) ha planteado una versión alternativa del bienestar poniendo el acento en que no sólo importa la disponibilidad de satisfactores de necesidades, sino las capacidades de utilizarlos para garantizar ciertos funcionamientos del individuo (fijados según un máximo u óptimo de desarrollo humano). Según esta concepción, el equivalente de medición estaría en las capacidades para funcionar, pero no en la dimensión de los satisfactores a los cuales puede no tenerse acceso por razones del entorno social o personales.

---

<sup>6</sup> Esta última vía requiere algún tipo de ponderación, de valoración relativa de las distintas áreas, de satisfactores correspondientes a cada área y de la forma en que deben ser combinados, a fin de llegar a una medida agregada del bienestar. El problema es que este tipo de estrategia no brinda soluciones únicas, y que no existe acuerdo ni un método consagrado para combinar necesidades de "alguna" de estas posibles maneras.

En este trabajo, se define el problema de la relación entre crecimiento y bienestar en los siguientes términos: una mayor equidad en la distribución del ingreso puede contribuir al bienestar general. Pero este factor no constituye una condición necesaria ni suficiente para tal fin. La distribución puede ser menos desigual -más equitativa-, pero los ingresos reales de los perceptores retroceder como efecto de una caída general de la riqueza social, o ser sustantivamente desiguales los esfuerzos movilizados por los particulares para lograr tal equidad. Por el contrario, puede crecer la desigualdad distributiva a la vez que crece el producto y aumentan los ingresos reales de las familias, las empresas y los grupos, con mayor o menor brecha en los esfuerzos necesarios para lograr tal fin. En tal caso, será mayor el bienestar de la sociedad a pesar de contener una mayor inequidad social.

### **3. La medición del bienestar y la desigualdad**

Entre los estudios nacionales que abordan el fenómeno de la desigualdad en la distribución del ingreso cabe destacar los que refieren a la estructura social y al mercado de trabajo (IPA, 1988; CEPAL, 1990; Beccaria y Minujín, 1991; CEPA, 1993; Gasparini, 1999a y 1999b; Llach y Montoya, 1999; Salvia y Donza, 1999; Altimir y Beccaria, 1999).<sup>7</sup> En ese marco, se desarrollaron diferentes metodologías orientadas a medir y evaluar la incidencia de la pobreza, el bienestar y la desigualdad en Argentina, así como tendientes a corregir los problemas de sesgo o falta de información en el análisis de tales dimensiones. En función de avanzar en la comprensión del problema, se retoman en este artículo conocimientos acumulados en la materia (ver anexo metodológico).

Asumiendo el supuesto "welfarista" sobre el ingreso como medida del bienestar y la optimización del consumo por parte de los hogares, una mejora en el ingreso real del hogar podría ser considerado como evidencia de que el funcionamiento de la economía generó mejores condiciones materiales de vida para la población del país. A la vez que una mejora en los indicadores de distribución -sea a través del coeficiente de Gini u otro similar, basado en la misma función de utilidad- sería indicativa de una menor desigualdad de las oportunidades de consumo.

Sin embargo, estas conclusiones podrían resultar apresuradas debido a que no se controla convenientemente el efecto que tiene sobre el ingreso de los hogares el esfuerzo productivo global desplegado por los miembros del hogar.

<sup>7</sup> Los estudios iniciales del INDEC (1984), el programa ECIEL (Petrei, 1987), el proyecto Investigación de la Pobreza en Argentina (IPA) (1988), los estudios de PRONATASS (1990), los trabajos del Comité Ejecutivo para el Estudio de la Pobreza en Argentina (CEPA) (1993a, 1993b) y de la CEPAL (1990), presentan un importante marco metodológico general a partir del cual retomar el estudio de la temática de la pobreza, la distribución del ingreso y la desigualdad. Son también fuentes de consulta obligada los continuados aportes de varios programas de investigación oficiales tales como la Encuesta Permanente de Hogares (EPH-INDEC, 1989, 1995, 1998), la Encuesta Nacional de Gastos de los Hogares (ENGH-INDEC, 1997), y la Encuesta de Desarrollo Social (SDS-SIEMPRO, 1997), así como también algunos trabajos particulares (Beccaria y Minujín, 1991; Beccaria, 1993; Montoya y Mitnik, 1995; Salvia, Donza y Philipp, 1997; Beccaria y López, 1996; Grandes y Gerchunoff, 1998; entre otros), y otros surgidos como parte de asistencia técnica del Banco Mundial (1998). Más recientemente, un estudio de la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL, 1999), otros encarados por el IERAL (Llach y Montoya, 1999), por Salvia y Donza (1999), y, por último, por Altimir y Beccaria (1999, 2000), han hecho una actualización de la evolución de la desigualdad social en Argentina, a la vez que han introducido nuevas metodologías de análisis y correcciones de información.



Así como tampoco, se toman en cuenta los posibles cambios experimentados en la composición y comportamientos socio-demográficos de los hogares, los cuales pueden estar generando otros tipos de costos tales como la pérdida, incorporación o desvalorización forzada de activos y formas de organización e integración familiar. Todo lo cual altera o reduce las capacidades de operar sobre la reproducción social y las relaciones de mercado por parte de los grupos domésticos (Sen, 1992). Por lo tanto, una parte del cambio que puede observarse en el ingreso mismo, no tiene su origen en las bondades o perversidades de los modelos económicos, sino en la posible explotación intensiva del único recurso de que disponen vastos sectores de la población: su capacidad de trabajo; o, por el contrario, en los ajustes forzados de integración-acoplamiento o desintegración demográfica a los que debieron recurrir los grupos domésticos para garantizar un balance reproductivo más equilibrado.

En definitiva, las entradas económicas -medidas en ingresos y capacidades de consumo- que perciben los grupos domésticos no sólo dependen de cuánto obtiene cada perceptor sino también del número de miembros a aportar a la conformación del ingreso del hogar (perceptores), y de la estructura y tamaño del hogar, dados por el número de consumidores que viven de ese ingreso y para los cuales el grupo debe garantizar condiciones mínimas de supervivencia, educación e integración social. Esto es así, dado que si bien las estrategias individuales son activas y autónomas, estas no se desarrollan en forma aislada de la estructura de oportunidades económicas y sociales que ofrece el grupo familiar de pertenencia, y, más ampliamente, la sociedad en la cual se inserta dicho hogar. En cualquier caso, cabe esperar que las respuestas individuales y familiares a las condiciones económicas generales tiendan -como parte de un comportamiento defensivo u ofensivo de las familias, según sea el caso- tanto a optimizar el consumo como a reorganizar en forma más eficiente las necesidades, los recursos domésticos familiares disponibles, etc., en función de mantener o mejorar los niveles y condiciones de vida, cobertura social e ingresos.<sup>8</sup>

## Hipótesis de Trabajo

### Hipótesis 1:

En referencia a este dominio de estudio, cabe proponer como primera hipótesis que -para el caso argentino- las reformas económicas ejecutadas durante la década del noventa provocaron alteraciones sustantivas en la

---

<sup>8</sup> El capital social familiar tiene su fundamento en la consideración de la unidad doméstica familiar como un ámbito social, cultural e históricamente situado de organización de procesos y estrategias de reproducción económica y generacional, en interacción con el contexto económico y social. Se puede reconocer en dicho ámbito un espacio de interrelaciones materiales, simbólica y afectivas en donde tiene lugar la formación y socialización primaria de los individuos, la reproducción material y simbólica de la fuerza de trabajo y el reforzamiento de las actividades, significados y motivaciones que fundamentan la vida social. Al mismo tiempo, es también un ámbito donde viven y se recrean de manera particular relaciones sociales de intercambio y de poder, de autoridad, solidaridad y conflicto.



distribución social de los recursos de bienestar (oportunidades de empleo, acceso a beneficios sociales, acceso educativo, ingresos laborales, otras fuentes de ingresos) y de movilidad vertical (calificación y calidad del puesto, ingresos per capita familiares y estatus socio-ocupacional), sino a través de los cambios ocurridos en el funcionamiento inestable y cada vez segmentado de los mercados laborales y de los comportamientos defensivos y/o estratégicos de los hogares.

#### Hipótesis 2:

Como segunda hipótesis, se sostiene que la conjunción de estos factores - puestos en funcionamiento en un orden en crisis sistémica- ha generado transformaciones profundas en la morfología y en el funcionamiento social, resultando evidente una mayor desigualdad social asociada a una estructura más polarizada y fragmentada, en cuanto al acceso y disponibilidad de recursos de bienestar y de capacidades de movilidad social. En este sentido, cabría explorar como claves explicativas el funcionamiento segmentado del mercado laboral y del sistema educativo, el manejo discrecional de bienes y servicios públicos de valor agregado y el aislamiento social creciente de los sectores más desventajados.

#### Hipótesis 3:

Por último, la marginalización socio-económica se ha constituido en la Argentina en una matriz estructural novedosa pero suficientemente cristalizada, y, por lo mismo, capaz de reproducirse de manera ampliada sin que esto implique un alto riesgo de desintegración para el orden político-institucional.<sup>9</sup> En este sentido, nuestra tercera hipótesis apunta a mostrar que el campo de la marginalidad socioeconómica presente en los grandes centros urbanos de la Argentina constituye -por muy segregado, conflictivo e indeseable que parezca a la mirada del orden social- un componente sistémico fuertemente encadenado al funcionamiento del sistema socio-económico y político-institucional, teniendo la estrategia reproductiva de los hogares un papel fundamental en este sentido.

---

<sup>9</sup> Es esta, al menos, una conclusión que surge de una serie de estudios que han abordado los efectos poco compensatorios en términos de inclusión de los marginados por parte de los ciclos de reactivación económica (Gasparini, 2000, Altimir y Beccaria, 1999), la ampliación de la educación formal (Filmus y Miranda, 1999, Salvia y Tuñón, 2003), las políticas de inversión social (Golberg, L., 2004 ) y los programas de ingresos (Cortés R. y Marshall, M. 1991, Bogani, E. 2004).